

Howard Zinn

POR QUÉ TENER ESPERANZAS EN TIEMPOS DIFÍCILES *

Traducción: Valeria Verona
I.N.E.S. en Lenguas Vivas “Juan Ramón Fernández”

[Biblioteca Omegalfa](#)

Me habían invitado a dar una charla en Kalamazoo, Michigan. Era la noche del último debate presidencial televisado de la campaña de 1992 y, para mi sorpresa, había varios cientos de personas en el público (¿necesitaban descansar de la locura electoral tal vez?). Era el quincuagésimo año de la llegada de Colón al hemisferio occidental y yo iba a hablar sobre “El legado de Colón, 1492-1992”.

Diez años antes, en las primeras páginas de mi libro *A People's History of the United States* (La otra historia de los Estados Unidos), había escrito sobre Colón de una manera que asustó a los lectores. Ellos, como yo, habían aprendido en la escuela primaria que Colón fue uno de los grandes héroes de la historia universal, un héroe admirable por su osada proeza, llena de imaginación y coraje (y

* Fuente: [Rebelión](#) .

Cedido por Editorial Hiru www.hiru-ed.com . Se recomienda la obra “La otra historia de Estados Unidos” publicado en esta editorial.

nunca nadie había cuestionado este relato, aunque hubieran seguido educándose hasta la universidad). En mi relato, yo admitía que Colón era un marinero intrépido pero además señalaba (en base a su propio diario y al testimonio de varios testigos) que había sido perverso en la manera de tratar a los gentiles arahuacos que lo recibieron a su llegada a este hemisferio. Los esclavizó, torturó, asesinó; todo en pos de la riqueza. Sugerí que él representaba los peores valores de la civilización occidental: codicia, violencia, explotación, racismo, conquista, hipocresía (afirmaba que era un cristiano devoto).

El éxito de *A People's History* nos tomó por sorpresa, a mí y a mi editor. En su primera década tuvo veinticuatro reimpresiones, vendió trescientas mil copias, fue nominado al American Book Award y se publicó en Gran Bretaña y Japón. Empecé a recibir cartas de todo el país y una gran parte de esas cartas representaba una reacción arrebatada contra el primer capítulo sobre Colón.

La mayoría de las cartas eran de agradecimiento por haberles contado una historia que no se ha contado antes. Unas pocas eran de indignación y escepticismo. Un estudiante secundario de Oregon, a quien la profesora había asignado el libro, me escribió: "Usted dijo que sacó gran parte de esta información del propio diario de Colón. Me pregunto si existe ese diario y, si es así, por qué no forma parte de nuestra historia. ¿Por qué nada de lo que usted dice figura en mi libro de historia?". Una madre de California se puso furiosa cuando miraba un ejemplar de *A People's History* que su hija había traído del colegio y exigió que la junta escolar investigase al profesor que usaba el libro en las clases.

Se hizo evidente que el problema (sí, yo representaba un problema) no era únicamente mi irreverencia para con Colón, sino también todo mi enfoque de la historia estadounidense. En *A People's History* insistí, como lo expresó un crítico, en “una perspectiva completamente distinta, un barajar y dar de nuevo con respecto a quiénes son héroes y quiénes, villanos”. Los Padres Fundadores estadounidenses no fueron solamente ingeniosos organizadores de una nueva nación (aunque fueron eso por cierto), además eran hombres blancos que poseían riqueza y esclavos, comerciantes, poseedores de acciones y bonos, temerosos de una rebelión de las clases más bajas, o como lo expresó James Madison, de “una división equitativa de la propiedad”. Nuestros héroes militares –Andrew Jackson, Theodore Roosevelt– eran racistas, asesinos de aborígenes, amantes de la guerra, imperialistas. Nuestros presidentes más liberales –Jefferson, Lincoln, Wilson, Roosevelt, Kennedy– estaban más interesados en el poder político y el engrandecimiento nacional que en los derechos de las personas que no pertenecen a la raza blanca.

Mis héroes eran los granjeros de la rebelión de Shay, los abolicionistas negros que violaban la ley para liberar a sus hermanos y hermanas, los que fueron a la cárcel por oponerse a la Primera Guerra Mundial, los trabajadores que hacían huelga en contra de las corporaciones poderosas, desafiando a la policía y a los civiles armados, los veteranos de Vietnam que se pronunciaron en contra de la guerra, las mujeres que exigieron igualdad en todos los aspectos de la vida.

Hubo historiadores y profesores que se alegraron de contar con mi libro. Varias personas, sin embargo, estaban

molestas; para ellos yo estaba fuera de lugar, era irreverente. Si hubiera sanciones penales por eso, tal vez me habrían acusado de “ataque con arma mortal: un libro” o de “alteración del orden público por haber hecho ruidos indecentes en un club exclusivo” o de “haber irrumpido ilegalmente en el dominio sagrado de la tradición historiográfica”.

Para algunas personas, no sólo mi libro estaba fuera de lugar: toda mi vida estaba fuera de lugar. Había algo anti-patriótico, subversivo, peligroso en mi crítica de tantas cosas que pasan en esta sociedad. Durante la Guerra del Golfo de 1991, di una charla a una asamblea de una escuela secundaria de Massachusetts, una escuela privada en la que los alumnos provenían de familias adineradas y de los que se decía que “el 95 por ciento estaba a favor de la guerra”. Dije lo que pensaba y, sorprendentemente, me aplaudieron mucho. Pero después, en un aula donde se realizaba una reunión con un pequeño grupo de alumnos, una chica que me había estado mirando con obvia hostilidad durante todo el debate habló con enojo en la voz:

—¿Entonces, por qué vive usted en este país?

Sentí una punzada de dolor. Era algo que yo sabía que la gente se preguntaba a menudo, aunque no lo dijera. Era la cuestión del patriotismo, de la lealtad al país, que surge una y otra vez cuando alguien critica la política exterior, evade el servicio militar o se niega a jurar lealtad a la bandera.

Traté de explicar que yo amaba el país, el pueblo, no el gobierno de turno. Creer en la democracia era creer en los principios de la Declaración de la Independencia: creer

que el gobierno es una creación artificial, establecida por el pueblo para defender el derecho que todos tenemos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Yo interpretaba que “todos” comprendía a hombres, mujeres y niños de todo el mundo, que tienen derecho a la vida, un derecho que no pueden quitarles ni nuestro gobierno ni el de ellos.

Cuando un gobierno traiciona esos principios democráticos, ese gobierno es antipatriótico. En ese caso, el amor por la democracia requeriría oponerse a ese gobierno. Requeriría estar fuera de lugar.

La publicación de *A People's History* trajo consigo pedidos de todo el mundo para que hablara. Así que allí estaba yo, en Kalamazoo, aquella noche de 1992, hablando de la importancia que tiene para nosotros decir la verdad sobre Colón. En realidad, yo no estaba interesado en Colón sino en las cuestiones que surgen de su interacción con los nativos: ¿es posible que hoy en día la gente supere la historia y conviva con igualdad, con dignidad?

Al final de la charla, alguien me hizo una pregunta que escuché muchas veces con distintas palabras:

–Teniendo en cuenta las noticias deprimentes del mundo, usted parece sorprendentemente optimista. ¿Qué le da esperanzas?

Intenté dar una respuesta. Dije que entendía que el estado del mundo era deprimente pero que era cierto que yo era optimista: el que me hizo la pregunta había captado muy bien mi estado de ánimo. Para él y para otros, el mío era un enfoque absurdamente alegre de un mundo injusto y violento. Pero para mí, lo que a menudo tildan con des-

precio de idealismo romántico, de pensamiento lleno de esperanzas está justificado si incita a la acción para cumplir esos deseos, darle vida a esos ideales.

La voluntad para llevar a cabo tal acción no puede basarse en certezas sino en las posibilidades que se vislumbran en una lectura de la historia distinta del usual relato penoso de las crueldades humanas. En una lectura así, podemos encontrar resistencia a la guerra y no sólo guerra, rebelión contra la injusticia y no sólo injusticia, sacrificio y no sólo egoísmo, desafío, no sólo silencio frente a la tiranía, compasión, no sólo indiferencia.

Los seres humanos muestran una amplia gama de cualidades pero habitualmente se pone énfasis en las peores y, con demasiada frecuencia, el resultado de ese énfasis es que nos descorazonamos. Y, sin embargo, si pensamos en toda la historia vemos que ese espíritu se niega a rendirse. La historia esta llena de ejemplos de momentos en que la gente se unió, superando obstáculos enormes, para luchar por la libertad y la justicia y ganó. No con demasiada frecuencia, por supuesto, pero sí lo suficiente como para sugerir que es posible más veces.

Los ingredientes esenciales de esas luchas por la justicia son seres humanos que, aunque fuera por un momento, aunque estuvieran acosados por el miedo, rompieron con lo establecido e hicieron algo, por pequeño que fuera. Y aun los actos más pequeños, más antiheroicos, se suman a esa reserva de leña que puede encenderse por alguna circunstancia sorprendente y empezar el incendio de un cambio tumultuoso.

Los individuos son los elementos necesarios, y mi vida siempre estuvo llena de ese tipo de individuos, comunes y

extraordinarios, cuya existencia me dio esperanzas. De hecho, el público, en Kalamazoo, evidentemente preocupado por el mundo al margen de los resultados electorales, era la prueba viviente de las posibilidades de cambio en este mundo difícil.

Aunque no se lo dije a la persona que me hizo la pregunta, yo había conocido gente así aquella noche, en aquella misma ciudad. Durante la cena, antes de la charla, estuve con el cura de la parroquia de la universidad, un hombre con la contextura de un jugador de fútbol americano, deporte que había jugado años antes. Le hice la pregunta que le hago a menudo a la gente que me cae bien: “¿De dónde sacó las ideas singulares que tiene?”

La de él fue una respuesta de una sola palabra, la misma que dan tantos: “Vietnam”. Muy a menudo las respuestas a preguntas esenciales sobre la vida sólo tienen una palabra: Auschwitz... Hungría... Attica... Vietnam. El cura había estado ahí como capellán. Su comandante en jefe era el Coronel George Patton III. Como digno hijo de su padre, a Patton le gustaba decir de sus soldados que eran “asesinos de la gran siete” y no quería usar “la gran puta” pero no dudaba en decir la palabra “asesinos”. Patton ordenó al capellán llevar una pistola mientras estuviera en zona de combate. El capellán se negó y, a pesar de las amenazas, siguió negándose. Salió de Vietnam con convicciones fuertes no sólo en contra de esa guerra sino de todas. Y cuando habló conmigo, viajaba continuamente a El Salvador para ayudar a la gente que luchaba contra los escuadrones de la muerte y la pobreza.

En la cena también conocí a un joven profesor de sociología de la Universidad Estatal de Michigan. Criado en Ohio

por padres de clase trabajadora, él también había terminado oponiéndose a la guerra de Vietnam. Ahora enseñaba criminología y no realizaba investigaciones sobre asaltantes y carteristas: investigaba el crimen de guante blanco, los funcionarios de gobierno y ejecutivos de corporaciones cuyas víctimas no eran individuos sino la sociedad en su conjunto.

Es notable la cantidad de historia que puede haber en un grupo pequeño. En nuestra mesa, también había una mujer joven, recientemente graduada en la universidad, que estaba ingresando en la escuela de enfermería para poder ser útil en pueblos de Centroamérica. La envidiaba. Como muchos de los que escriben, hablan, enseñan, ejercen el derecho, predicán, gente cuya contribución a la sociedad es tan indirecta, tan incierta, pensé en los que brindan ayuda inmediata: los carpinteros, las enfermeras, los granjeros, los chóferes de autobuses escolares, las madres. Me acordé del poeta chileno Pablo Neruda, que escribió un poema sobre su deseo de toda la vida de poder hacer algo útil con las manos, hacer una escoba, nada más que una escoba.

No le dije todo eso a la persona que me hizo la pregunta en Kalamazoo. En realidad, para contestarle hubiera tenido que decirle mucho más sobre por qué tenía tantas esperanzas aparentemente inexplicables frente al mundo de la manera en que lo conocemos. Hubiera tenido que repasar mi vida entera.

Hubiera tenido que contarle que fui a trabajar a un astillero a los dieciocho años y que pasé tres años trabajando en las dársenas, con frío y calor, en medio de ruidos ensordecedores y emanaciones peligrosas, que construí

buques de guerra y botes de desembarco en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

Hubiera tenido que contarle que me alisté en la Fuerza Aérea a los veintiuno y me entrené como bombardero y volé en misiones de combate en Europa y más tarde me hice preguntas difíciles de contestar sobre lo que había hecho en la guerra.

Y que me casé, fui padre, fui a la facultad por el G.I Bill (Ley de Veteranos) mientras trabajaba cargando camiones en un galpón, y mi esposa trabajaba también y nuestros dos hijos estaban en una guardería estatal de caridad y todos vivíamos en departamentos para gente de bajos recursos en el Lower East Side de Manhattan.

Y que obtuve mi doctorado de Columbia y mi primer trabajo verdadero de profesor (tuve varios trabajos no del todo verdaderos como profesor) y tuve que vivir y enseñar en una comunidad de negros en un estado sureño durante siete años. Y tendría que hablar sobre los alumnos de Spelman College que un día decidieron trepar el muro de piedra simbólico y real que rodea la ciudad universitaria para sentar precedentes en los primeros años del movimiento por los derechos civiles.

Y sobre mis experiencias en aquel movimiento, en Atlanta, en Albany, Georgia y Selma, Alabama, en Hattiesburg y Jackson y Greenwood, Mississippi.

Hubiera tenido que contar que me mudé al norte para dar clases en Boston y que me uní a las protestas contra la guerra de Vietnam y que me arrestaron media docena de veces (el lenguaje oficial de los cargos era siempre interesante: “vagancia y vagabundeo”, “alteración del orden pú-

blico”, “resistencia a desalojar un área”. Y que viajé a Japón y a Vietnam del Norte y que hablé en cientos de encuentros y de reuniones políticas y que ayudé a un cura católico buscado por la policía a pasar a la clandestinidad.

Hubiera tenido que recordar las escenas en varios tribunales en los que declaré en las décadas de 1970 y 1980. Hubiera tenido que hablar de los presidiarios que conocí, con condenas cortas y perpetuas, y de cómo influyeron en mi opinión sobre la cárcel.

Cuando me transformé en profesor, me fue imposible dejar mis propias experiencias fuera del aula. Con frecuencia, me preguntaba cómo hacían tantos profesores para pasar un año con un grupo de alumnos y no revelar nunca quiénes eran, qué clase de vida llevaban, de dónde provenían sus ideas, en qué creían o qué querían para ellos, para sus alumnos y para el mundo.

¿Acaso el hecho mismo de que esconden todo eso no nos dice algo terrible: que se puede separar el estudio de la literatura, la historia, la filosofía, la política y las artes de nuestra propia vida, nuestras convicciones más profundas sobre el bien y el mal?

Cuando daba clases, nunca oculté mis opiniones políticas: mi odio contra la guerra y el militarismo, mi furia cuando veo la desigualdad racial, mi creencia en un socialismo democrático, en una distribución justa y racional de la riqueza del mundo. Dejé bien claro mi odio contra cualquier tipo de intimidación, ya sea de países poderosos a países más débiles, de gobiernos a ciudadanos, de empleadores a empleados, o de cualquiera, de la izquierda o la derecha, que piensa que tiene el monopolio de la verdad.

Esta mezcla de activismo y enseñanza, esta insistencia en que la educación no puede ser neutral en cuestiones cruciales de nuestros tiempos, este movimiento de ida y vuelta entre el aula y las luchas externas por parte de profesores que esperan que sus alumnos hagan lo mismo siempre asustó a los guardianes de la educación tradicional. Ellos prefieren que la educación simplemente prepare a la nueva generación para ubicarse en un lugar adecuado en el viejo orden, no para que ponga en tela de juicio ese orden.

Cuando empezaban las clases, yo siempre dejaba claro a mis alumnos que iban a recibir mi punto de vista, pero que iba a tratar de ser justo con otros puntos de vista. Alentaba a mis alumnos a disentir conmigo.

No afirmaba ser dueño de una objetividad que no era ni posible ni deseable. “No se puede ser neutral en un tren en movimiento”, les decía. Algunos se desconcertaban con la metáfora, en especial si la interpretaban literalmente y trataban de disecar su significado. Otros captaban de inmediato lo que quería decir: que las circunstancias ya se están moviendo en ciertas direcciones mortales y que ser neutral significa aceptar eso.

Nunca creí que estuviera imponiendo mi punto de vista a hojas en blanco, a mentes inocentes. Mis alumnos habían tenido un largo período de adoctrinamiento político antes de llegar a mi clase. En la familia, en la escuela secundaria, en los medios masivos de comunicación. En un mercado dominado durante tanto tiempo por la ortodoxia, lo único que yo quería hacer era ofrecer mis mercaderías en un carrito pequeño, entre los demás, y dejar que los alumnos eligieran entre ellas.

Los miles de jóvenes que pasaron por mis clases durante años me dieron esperanzas para el futuro. En las décadas de 1970 y 1980, todos los que estaban del otro lado parecían quejarse de la “ignorancia” y “pasividad” de esa generación actual de estudiantes. Pero cuando yo los escuchaba, leía sus diarios y trabajos, y sus informes sobre la actividad comunitaria que formaba parte de su tarea asignada, me conmovía la sensibilidad frente a la injusticia que veía en ellos, el afán que tenían de formar parte de alguna buena causa, su potencial para cambiar el mundo.

El activismo estudiantil de los ochenta fue pequeño en proporción, pero en ese momento no había ningún movimiento nacional importante al que vincularse, y había grandes presiones económicas de todos lados para “hacer dinero”, “tener éxito”, sumarse al mundo de los profesionales prósperos. Sin embargo, muchos jóvenes querían otra cosa, así que yo no me desesperé. Me acordé de que en la década de 1950 había observadores arrogantes que hablaban de la “generación silenciosa” como un hecho indiscutible, y luego, como para hacer estallar ese concepto, empezó la década de 1970.

Hay algo más, de lo cual es más difícil hablar, que fue crucial para mi espíritu: mi vida privada. Qué suerte he tenido de vivir mi vida con una mujer notable, de una belleza de cuerpo y alma que veo repetida en nuestros hijos y nietos. Roz compartió y ayudó, trabajó como asistente social y docente, después desarrolló su talento como pintora y música. Ama la literatura y se convirtió en la primera correctora de todo lo que yo escribía. Vivir con ella me dio una idea más intensa de lo que sí es posible en este mundo.

Y, sin embargo, soy completamente consciente de las malas noticias con que nos enfrentamos constantemente. Me rodean, me inundan, me deprimen intermitentemente, me enfurecen.

Pienso en los pobres de hoy en día: muchos viven en los ghettos de los que no son blancos, con frecuencia a pocas cuadras de fabulosas riquezas. Pienso en la hipocresía de los líderes políticos, en el control de la información por medio del engaño, de la omisión. Y en cómo, en todo el mundo, los gobiernos explotan el odio étnico y nacional.

Soy consciente de la violencia cotidiana que se ejerce contra la mayor parte de la raza humana. Toda esa violencia representada por imágenes de niños. Niños hambrientos. Niños inválidos y tullidos. El bombardeo de niños oficialmente declarado como “daño colateral”.

Mientras escribo esto, en el invierno de 1996, el ánimo general es de desesperación. El fin de la guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no significó la paz mundial. En los países del bloque soviético hay desesperación y desorden. Hay una contienda brutal en los Balcanes y más violencia en África. La élite próspera del mundo considera conveniente ignorar el hambre y las enfermedades en países azotados por la pobreza. Los Estados Unidos y otras potencias siguen vendiendo armas a cualquier país que las compre a precios redituables. El costo humano no importa.

En este país, la euforia que acompañó la elección de un joven presidente presuntamente progresista en 1992 se ha evaporado. Al parecer, el nuevo liderazgo político del país carece de la visión, la audacia, la voluntad de romper con el pasado, al igual que el anterior. Mantiene un enor-

me presupuesto militar que distorsiona la economía y sólo hace posible esfuerzos insignificantes para compensar la inmensa brecha entre los ricos y los pobres. Sin esa compensación, las ciudades siguen flageladas por la violencia y la desesperación.

Y no hay señales de un movimiento nacional que pueda cambiar esta situación.

Únicamente el correctivo de la perspectiva histórica puede iluminar nuestra penumbra. Nótese con qué frecuencia nos sorprendimos en este siglo. Por el repentino surgimiento de un movimiento popular, el repentino derrocamiento de una tiranía, la repentina aparición de una llama que creíamos extinguida. Nos sorprendemos porque no percibimos lo que se cocina a fuego lento: la indignación, los primeros sonidos débiles de protesta, las señales dispersas de resistencia que, en medio de nuestra desesperación, auguran la emoción del cambio. Los actos aislados empiezan a unirse, las iniciativas individuales se funden en acciones organizadas y, un día –generalmente en el momento en que la situación parece más desesperante–, irrumpe un movimiento en la escena.

Nos sorprendemos porque no vemos que bajo la superficie del presente siempre hay material humano para el cambio: la indignación contenida, el sentido común, la necesidad de pertenecer a una comunidad, el amor por los niños, la paciencia de esperar el momento justo para actuar junto con otros. Esos son los elementos que afloran a la superficie cuando aparece un movimiento en la historia.

Las personas son prácticas. Quieren cambios pero se sienten impotentes, solas, no quieren ser la hoja de hierba

que sobresale, la que cortan primero. Esperan la señal de otro que haga el primer movimiento o el segundo. Y algunas veces, en la historia, hay personas intrépidas que se arriesgan pensando que, si ellos hacen el primer movimiento, otros los seguirán rápidamente y no permitirán que los corten. Y si entendemos esto, somos nosotros los que podemos dar el primer paso.

Esto no es una fantasía. Así es como ocurrieron los cambios una y otra vez en el pasado, incluso en el pasado muy reciente. Estamos tan abrumados por el presente, una catarata de imágenes e historias que nos empapa todos los días y que ahoga esa historia, que no es extraño que perdamos las esperanzas.

Me doy cuenta de que es más fácil para mí abrigar esperanzas porque, en muchos aspectos, tuve suerte.

Por empezar, tuve suerte de haber escapado de las circunstancias de mi infancia. Tengo recuerdos de mi padre y mi madre, que se conocieron como obreros industriales inmigrantes y trabajaron duro toda la vida y nunca salieron de la pobreza. (Siempre me siento un poco furioso cuando oigo la voz de los arrogantes y acaudalados: tenemos un sistema maravilloso; si se trabaja duro, se logra el éxito. Qué duro trabajaron mis padres. Qué valientes fueron para conseguir apenas mantener a cuatro hijos con vida en los conventillos sin agua caliente de Brooklyn.)

Suerte, después de pasar de un mal trabajo a otro, de encontrar un trabajo que amaba. Suerte de encontrar gente notable por todos lados, de tener tantos buenos amigos.

Y además, suerte de estar vivo porque mis dos mejores amigos de la Fuerza Aérea –Joe Perry, de diecinueve años, y Ed Plotkin, de veintiséis– murieron en las últimas semanas de la guerra. Fueron mis compañeros de entrenamiento básico en el cuartel de Jefferson, Missouri. Marchábamos juntos en el calor del verano. Salíamos de licencia juntos los fines de semana. Aprendimos a volar Piper Cubs en Vermont y jugamos básquet en Santa Ana, California, mientras esperábamos a que nos asignaran tareas. Después Joe se fue a Italia como bombardero, Ed al Pacífico como piloto y yo a Inglaterra como bombardero. Joe y yo nos escribíamos y yo le hacía las bromas que les hacíamos siempre los que volábamos los B17 a los que volaban los B-24: los llamábamos B-guión-dos-colisión-cuatro.

La noche en que terminó la guerra en Europa, mi tripulación viajó a Norwich, la ciudad principal de East Anglia, donde todos estaban en la calle, locos de alegría, la ciudad radiante, iluminada con luces, que habían estado apagadas durante seis años. La cerveza corría a raudales, se envolvían grandes cantidades de pescado y patatas fritas en papel de diario y se entregaban a todo el mundo, la gente bailaba y gritaba y se abrazaba.

Unos días después, me devolvieron la última carta que le había mandado a Joe Perry con una anotación a lápiz en el sobre: “Fallecido”. Una despedida demasiado rápida para la vida de un amigo.

Mi tripulación voló de vuelta por el Atlántico en un B-17 viejo y estropeado por las batallas, lista para seguir bombardeando en el Pacífico. Después llegó la noticia de la bomba atómica sobre Hiroshima y nos sentimos agrade-

cidos porque la guerra había terminado. (No tenía idea de que un día visitaría Hiroshima y conocería gente ciega y lisiada que había sobrevivido a la bomba ni de que ese día reconsideraría ese bombardeo y todos los demás.)

Cuando terminó la guerra y ya estaba de vuelta en Nueva York, busqué a la esposa de Ed Plotkin: él había salido a escondidas de Fort Dix la noche anterior a la partida hacia el extranjero para pasar una última noche con ella. Me contó que Ed se había estrellado en el Pacífico y había muerto justo antes de que terminara la guerra y de que ella había quedado embarazada la noche que él la vio sin permiso. Años más tarde, cuando daba clases en Boston, alguien se me acercó después de la clase con una nota: “La hija de Ed Plotkin quiere encontrarse con usted”. Nos encontramos y le conté todo lo que sabía sobre el padre que ella nunca había visto.

Así que siento que recibí un regalo –inmerecido, simplemente suerte– de casi cincuenta años de vida. Siempre soy consciente de eso. Durante muchos años después de la guerra, tuve un sueño recurrente. Dos hombres caminaban delante de mí en la calle. Se daban la vuelta y eran Joe y Ed.

En lo más profundo de mi psiquis, creo, está la idea de que les debo algo porque yo tuve suerte y ellos no. Por supuesto que quiero divertirme; no tengo ganas de ser un mártir, aunque conozco a algunos mártires y los admiro. Sin embargo, les debo algo a Joe y a Ed. No puedo desperdiciar mi regalo, tengo que usar bien estos años, para mí y para ese nuevo mundo que creímos que nos prometía la guerra que se llevó sus vidas.

Así que no tengo derecho a la desesperación. Insisto con la esperanza.

Sí, es un sentimiento. Pero no es irracional. La gente respeta los sentimientos pero quiere razones. Razones para seguir adelante, para no rendirse, para no refugiarse en el lujo privado o la desesperación privada. La gente quiere pruebas de esas posibilidades de la conducta humana de las que acabo de hablar. Sugerí que hay razones. Pienso que hay pruebas. Pero son demasiadas para decírselas a la persona que me hizo la pregunta en Kalamazoo aquella noche.

En la primavera de 1988, tomé la súbita decisión de dejar de dar clases después de treinta y tantos años en Atlanta y Boston y tres cargos de profesor visitante en París. La decisión me sorprendió porque me encanta enseñar pero quería más libertad, para escribir, para hablarle a la gente por todo el país, para dedicar más tiempo a mi familia y amigos.

Tendría más oportunidades de hacer cosas con Roz, que había dejado el trabajo social y estaba tocando música y pintando. Nuestra hija y su esposo, Myla y Jon Kabat-Zinn, vivían en la zona de Boston y podíamos pasar más tiempo con sus hijos, nuestros nietos: Will, Naushon, Serena. Nuestro hijo Jeff y su esposa, Crystal Lewis, vivían en Wellfleet, en Cape Cod, donde él dirigía y actuaba con la compañía Wellfleet Harbor Actors Theater. Podríamos prestar más atención a su trabajo mientras disfrutábamos de las magníficas playas y del aire marino del cabo, donde compartíamos una casa de veraneo con nuestros viejos amigos de Spelman, Pat y Henry West.

También estaba deseoso de dedicarme a mi interés por escribir obras de teatro. Había visto a todos los miembros de mi familia involucrarse en el teatro. Myla y Roz habían actuado en Atlanta y Boston. Jeff hizo de eso su vida. Cuando terminó la guerra de Vietnam, y sentí un poco de espacio para respirar, escribí una obra sobre Emma Goldman, la anarquista feminista que, alrededor de principios de siglo, causó sensación en los Estados Unidos con sus ideas audaces.

Emma se produjo primero en Nueva York, en el Teatro para la Nueva Ciudad y la dirigió Jeff. Me gustaba la idea de que mi hijo y yo trabajáramos juntos, hombro a hombro, pero la verdad era que ¡como director él era el responsable! Fue una colaboración cálida y maravillosa. Después la obra se produjo en Boston, con la dirección brillante de Maxine Klein, y tanto los críticos de teatro como el público se entusiasmaron con ella. Estuvo en cartel ocho meses y fue el récord de permanencia de 1977 en Boston. Hubo más producciones, en Nueva York, Londres, Edimburgo y después (traducida al japonés) una gira por Japón. Me contagié de la fiebre del mundo del teatro y nunca me curé.

La noticia de que dejaba Boston parecía difundirse: mi última clase estuvo especialmente poblada, con gente que no era parte de ella en realidad, de pie contra la pared o sentada en los pasillos. Contesté preguntas sobre mi decisión y tuvimos un debate final sobre la justicia, el papel de la universidad, el futuro del mundo.

Después les dije que terminaba la clase media hora antes y les expliqué por qué. Había una lucha entre el cuerpo de profesores de la Escuela de Enfermería de la Universidad

de Boston y la administración, que había decidido cerrar la escuela porque no producía suficiente dinero y por supuesto, pensaban echar a los profesores. Ese mismo día, las enfermeras hacían una manifestación de protesta. Yo pensaba unirme a ellas e invité a mis alumnos a que viniesen conmigo (Roz me había dado la idea la noche anterior). Cuando salí del aula, alrededor de cien alumnos vinieron conmigo. Las enfermeras, que necesitaban ese apoyo con desesperación, nos recibieron con alegría y marchamos todos juntos.

Parecía la manera apropiada de terminar mi carrera como profesor. Yo siempre había dicho que una buena educación era una síntesis de adquisición de conocimientos a través de los libros y compromiso con la acción social, siempre había dicho que ambas cosas se enriquecían mutuamente. Queda que mis alumnos supiesen que la acumulación de conocimientos, aunque es fascinante en sí misma, no es suficiente teniendo en cuenta que hay tanta gente en el mundo que no tiene la oportunidad de sentir esa fascinación.

Pasé los años siguientes respondiendo invitaciones y charlas y viajando por todo el país. Lo que descubrí fue alentador. En cualquier ciudad, pequeña o grande, en cualquier estado, siempre había un grupo de personas que se interesaban por los enfermos, los hambrientos, las víctimas del racismo, las víctimas de la guerra, y que hacían algo, por pequeño que fuera, con la esperanza de cambiar el mundo.

En cualquier lugar que estuviese –Dallas, Texas o Ada, Oklahoma o Shreveport, Louisiana o Nueva Orleans o San Diego o Filadelfia o Presque Island, Maine o Bloo-

mington, Indiana u Olympia, Washington— encontraba personas así. Y más allá del puñado de activistas, parecía haber miles de personas abiertas a ideas no ortodoxas.

Pero tendían a no conocer la existencia del otro y, por lo tanto, aunque persistían, lo hacían con la desesperada paciencia de Sísifo cuando empuja la gran piedra cuesta arriba. Traté de decirle a cada grupo que no estaba solo, que las personas desanimadas por la falta de un movimiento nacional eran la prueba misma de la posibilidad de ese movimiento. Supongo que estaba tratando de convencerme a mí mismo además de a ellos.

La guerra del Golfo Pérsico contra Irak, a principios de 1991, fue especialmente desalentadora para todos aquellos que confiaban en que Vietnam había acabado con la era de acciones militares estadounidenses a gran escala. Los diarios informaban de que el 90 % de los encuestados apoyaba la decisión del presidente Bush de ir a la guerra. Todo el país aparecía festoneado con cintas amarillas para expresar el apoyo a las tropas del Golfo. No era fácil oponerse a la guerra y dejar muy claro al mismo tiempo que, en realidad, cuando queríamos traer a las tropas de vuelta a casa, las estábamos apoyando a nuestra manera. En el clima caliente de esos días, ese tipo de afirmación parecía imposible.

Sin embargo, seguí sorprendiéndome en todos los lugares a los que fui. No estaba hablando solamente para públicos pequeños y selectos, públicos que se oponían a la guerra; hablaba para grandes asambleas de alumnos de universidades y escuelas secundarias: y mi crítica a la Guerra del Golfo, y a la guerra en general, recibía siempre un consenso vigoroso.

Llegué a la conclusión de que lo que ocurría no era que las encuestas estuvieran equivocadas cuando mostraban un 90 % de apoyo sino que el apoyo era superficial, delgado como un globo, inflado artificialmente por la propaganda política gubernamental y la colaboración de los medios, un apoyo que se podía pinchar con unas pocas horas de examen crítico.

Cuando llegué en medio de la guerra a un community college de una ciudad de Texas (una ciudad dedicada a la actividad petrolera y química cerca de la costa del Golfo), encontré el salón de conferencias atestado de unas quinientas personas más o menos, en general de más edad que los estudiantes: veteranos de Vietnam, obreros jubilados, mujeres que volvían a estudiar después de criar una familia. Me escucharon en silencio y yo hablé sobre la futilidad de la guerra y la necesidad de usar el ingenio humano para encontrar otras maneras de resolver problemas de agresión e injusticia, y después me aplaudieron mucho, una ovación.

Mientras hablaba, vi a un hombre sentado en la parte de atrás del salón, un hombre que rondaba los cuarenta años, de traje y corbata, con pelo oscuro y bigote y supuse que era de alguna parte de Medio Oriente. Durante el largo período de preguntas y debate, se mantuvo en silencio pero, cuando el moderador dijo:

–¿Alguna otra pregunta? –alzó la mano y se levantó.

–Soy iraquí –dijo. En el salón se hizo un gran silencio. Después nos contó que hacía dos años se había hecho ciudadano estadounidense y que durante la ceremonia mujeres de la asociación “Hijas de la Confederación” habían repartido banderitas de los Estados Unidos a los fla-

mantes ciudadanos. –Estaba muy orgulloso. Puse esa banderita en mi escritorio de trabajo. La semana pasada, oí en el noticiero que aviones estadounidenses habían bombardeado mi pueblo, al norte de Irak, un lugar sin ninguna importancia militar. Saqué la bandera de mi escritorio y la quemé.

El silencio en el recinto era total y absoluto. El hombre hizo una pausa.

–Me dio vergüenza ser estadounidense–. Hizo otra pausa. –Hasta esta noche, que vine acá y los escuché a todos ustedes pronunciarse en contra de la guerra.

Se sentó. Por un momento, nadie hizo ni un ruido y después el salón resonó con un gran aplauso.

Larry Smith, mi anfitrión en la ciudad de Texas, era miembro del cuerpo de profesores del college, un tejano flaco y barbudo que parecía el Tom Joad de Las Uvas de la ira. En cierto momento, su carrera se convirtió en objeto de controversia cuando un colega lo acusó de tener ideas radicales y de ser anti-estadounidense, y sugirió a los miembros del directorio que lo despidieran. Se realizó una reunión, en la que alumno tras alumno dijo que Larry Smith era un profesor estupendo y que les había ampliado el pensamiento de muchas maneras.

Una mujer que había sido alumna de él dijo:

–Todos los profesores son como las páginas de un libro y sin la edición completa nunca vamos a tener toda la historia.

El presidente del college dijo:

–Si criticar al gobierno es ser anti-estadounidense y pro-comunista...

sospecho que todos somos culpables. Los miembros del directorio votaron por unanimidad el apoyo a Smith.

En la primavera de 1992 me invitaron a Wilkes-Barre, Pennsylvania. Allá, en el Valle de Wyoming, donde se juntan los ríos Lackawanna y Susquehanna, donde justo antes de la Revolución una compañía que quería la tierra quemó todos los hogares de los aborígenes hasta reducirlos a cenizas, había varios cientos de personas unidos en un concejo de distintas creencias. En ese concejo, grupos feministas y pro desarme trabajaban juntos y gran parte de su actividad era para ayudar a pueblos centroamericanos que luchaban contra gobiernos militares apoyados por los Estados Unidos.

Una monja y un cura eran mis anfitriones en ese lugar. El cura, el Padre Jim Doyle, enseñaba ética en Kings College, en Wilkes-Barre. Había sido traductor de italiano en campos de prisioneros de guerra en la Segunda Guerra Mundial y más tarde el shock que le causó la guerra de Vietnam lo llevó a iniciarse en la actividad política.

Me fui de Wilkes-Barre con la idea de que seguramente había activistas así en miles de comunidades por todo el país, activistas que no sabían que existían otros activistas semejantes. Si eso era verdad ¿acaso no había enormes posibilidades de cambio?

En Boulder, Colorado, conocí al notable Sender Garlin. Tenía ochenta años y era un viejo periodista de diarios radicales, una condensación muy flaca con una energía enorme. Me había organizado la visita y me había dicho

con confianza: “Estuve promocionando la visita. Pienso que van a venir por lo menos quinientas personas”. Fueron mil.

Resultó que Boulder desbordaba de todo tipo de actividades. La estación de radio local era una meca de los medios alternativos y ponía opiniones disidentes en el aire de todo el sudoeste del país. Me presentaron al periodista que hacía las entrevistas, un as, David Barsamian, empresario de la emisión radial alternativa, que compartía sus casetes con cientos de emisoras locales del país.

Viajando por el país me llamó la atención una y otra vez la reacción favorable de la gente frente a lo que es indudablemente un concepto radical de la sociedad: antibélico, antimilitar, crítico en cuanto al sistema legal, una visión que apoya una redistribución drástica de la riqueza, que sustenta la protesta hasta el punto de la desobediencia civil inclusive.

Me encontré con esta situación incluso cuando hablé frente a los cadetes de la Academia de Guardacostas de Newport, Rhode Island, o frente a una asamblea de novecientos alumnos del Politécnico de California en San Luis Obispo, que tiene fama de conservador.

Un hecho particularmente alentador fue descubrir en todas partes docentes —maestros de escuela primaria, secundaria, profesores en universidades— que en algún momento de sus vidas se habían sentido tocados por algún fenómeno: el movimiento por los derechos civiles o la guerra de Vietnam o el movimiento feminista o el peligro ambiental o la difícil situación de los campesinos centroamericanos. Eran docentes con conciencia y enseñaban los fundamentos prácticos a sus alumnos pero tam-

bién estaban decididos a estimular mejor conciencia social en sus alumnos.

En 1992, miles de docentes de todo el país empezaban a enseñar la historia de Colón de otra manera, a reconocer que, para los aborígenes, Colón y sus hombres no eran héroes sino saqueadores. Y lo importante no era sólo revisar nuestra visión del pasado sino también incentivar el pensamiento sobre el presente.

Lo más notable era que había profesores aborígenes, activistas comunitarios aborígenes, al frente de esta campaña. ¡Qué lejos estamos de aquel período de invisibilidad aborigen, cuando se daba por sentado que estaban muertos o recluidos en reservas para nuestra seguridad! Han vuelto, quinientos años después de que los invasores europeos casi los aniquilaran, para exigir a los Estados Unidos que replanteen sus orígenes, sus valores.

Lo que me alienta es justamente ese cambio en la conciencia. Es cierto que el odio racial y la discriminación sexual todavía están entre nosotros, la guerra y la violencia todavía envenenan nuestra cultura, tenemos una gran subclase de pobres desesperados, y hay una gran porción de la población que está contenta con el estado de cosas, que tiene miedo al cambio.

Pero si sólo vemos eso, estamos perdiendo la perspectiva histórica y entonces es como si hubiésemos nacido ayer y conociéramos sólo las historias deprimentes del diario de esta mañana, de los noticieros de esta noche.

Consideremos la notable transformación que se ha dado en apenas unas pocas décadas en la conciencia que tiene el pueblo sobre el racismo, en la audaz presencia de las

mujeres que exigen el lugar que les corresponde, en la creciente percepción del público de que los homosexuales no son curiosidades sino seres humanos, en el creciente escepticismo sobre la intervención militar, un escepticismo a largo plazo que sobrevive a pesar de la breve ola de locura militar durante la Guerra del Golfo.

Yo creo que lo que tenemos que ver para no perder las esperanzas es ese cambio a largo plazo. El pesimismo se convierte en una profecía que se autocumple, se autoreproduce y mutila nuestra voluntad de actuar.

Hay una tendencia a pensar que lo que vemos en el presente lo seguiremos viendo siempre. Nos olvidamos de la frecuencia con que en este siglo nos hemos sorprendido por el repentino desmoronamiento de las instituciones, por los cambios extraordinarios del pensamiento del pueblo, por estallidos inesperados de rebelión contra las tiranías, por el rápido colapso de sistemas de poder que parecían invencibles.

Las cosas malas que ocurren son repeticiones de cosas malas que siempre ocurrieron: guerra, racismo, maltrato de las mujeres, fanatismo religioso y nacionalista, hambre. Las cosas buenas que ocurren son inesperadas.

Inesperadas y aun así explicables por medio de ciertas verdades que de vez en cuando nos estallan en la cara y que tendemos a olvidar:

–El poder político –aunque sea un poder temible– es más frágil de lo que pensamos. (Fíjense qué nerviosos están los que lo tienen.)

–Se puede intimidar a la gente común, se la puede engañar por un tiempo, pero en el fondo, la gente tiene sentido

común y tarde o temprano encuentra la manera de desafiarse al poder que la oprime.

–La gente no es naturalmente violenta o cruel o codiciosa, aunque se la puede llevar a ser así. Los seres humanos de todas partes quieren lo mismo: se conmueven cuando ven niños abandonados, familias sin techo, víctimas de la guerra; anhelan la paz, la amistad y el afecto más allá de las barreras de la raza y la nacionalidad.

–El cambio revolucionario no se presenta como un cataclismo momentáneo (¡hay que cuidarse de los momentos de cataclismo!): es una sucesión interminable de sorpresas, que se mueve en zig zag hacia una sociedad más decente.

–No tenemos que involucrarnos en acciones grandiosas, heroicas para participar del proceso de cambio. Los actos pequeños, cuando se multiplican por millones de personas, pueden transformar el mundo.

Tener esperanzas en tiempos difíciles no es una estupidez romántica. Se basa en el hecho de que la historia humana no se refiere sólo a la crueldad sino también a la compasión, el sacrificio, el coraje, la bondad.

Lo que elijamos enfatizar en esta historia compleja determinará nuestras vidas. Si sólo vemos lo peor, lo que vemos destruye nuestra capacidad de hacer algo. Si recordamos los momentos y lugares –y hay tantos...– en los que la gente se comportó magníficamente, eso nos dará la energía para actuar, y por lo menos la posibilidad de empujar a este mundo, que gira como un trompo, en otra dirección.

Y si actuamos, por pequeña que sea nuestra acción, no tenemos por qué sentarnos a esperar que llegue un futuro grandioso y utópico. El futuro es una sucesión infinita de presentes y vivir ahora como pensamos que deberían vivir los seres humanos, a despecho de todo lo malo que nos rodea, es en sí mismo una victoria maravillosa. ■